



# 1

**M**añana soleada, pero fría. Frente al espejo, se puso el gorro de lana. Le quedaba horrible. Anudó la bufanda que no combinaba.

—No importa. Si me cruzo con mi príncipe azul, mejor que no crea que soy la de los tacones de cristal —rió mientras se ponía su calzado deportivo.

Acomodó el celular en el brazalete y salió del departamento.

Mientras corría, metros y metros de agua y cielo pasaron delante de sus ojos. Era tan placentero ese aire de la mañana, el sol pegándole en la cara.

Correr la ayudaba a dialogar consigo misma, a concentrarse cuando tenía algo que resolver o a no pensar si era lo que necesitaba. Nunca había podido meditar en la quietud de su dormitorio, pero sí lograba liberarse de los pensamientos al ritmo de sus pasos.

Acababa de romper con Ricardo.

Cuando se lo presentaron, había decidido seguir los consejos

encubiertos de cientos de películas románticas que hablan de que no hay que ser tan exigente, ni esperar en un hombre todo lo que una quiere, y entonces se permitió conocerlo. Un tipo con buena conversación, culto, de buen gusto, con una profesión “seria”, bien establecido, separado, con hijos grandes viviendo en el sur. Comenzaron a salir y resultó que tenían química.

Era un caballero... pero se ponía pesado con la caballerosidad. Él y solo él abría la puerta. Él y solo él apartaba la silla. Él y solo él compraba flores. Aquel día en que ella le abrió la puerta, él no entró y le dijo:

–¿Por qué esa insistencia en no dejar que te cuide, Renée?

Ella se desconcertó, pero su cerebro logró armar una respuesta:

–A mí también me gusta cuidarte.

–Las mujeres cuidan de otra manera.

No quiso preguntarle de qué otra manera cuidan las mujeres. Pero bueno, tampoco se podía pedir todas las cualidades en un solo hombre, ¿no? ¿Tenía que gustarle al cien por ciento para salir con él?

¡SÍ! La respuesta terminó siendo ¡SÍÍÍÍ!

Porque su exceso de caballerosidad estuvo lleno de “deberías” y la frutilla del postre había sido el día anterior, cuando ante un trámite con el seguro, él le había dicho:

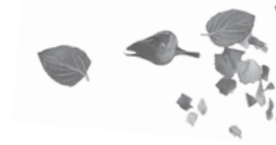
–¿Y fuiste tan cándida como para aceptar la primera oferta que te hicieron?

La enojó tanto que ni intentó explicarle la negociación y, en cambio, respondió:

–Debo haber hecho algo muy grave para que te sientas con el derecho de decirme “cándida”.

Ricardo no registró su enfado y contestó:

–Es que, Renée, solo alguien con tu candidez puede pensar que el



seguro te da una cifra justa. Estos asuntos no son cosas para mujeres. Deberías dejar que vaya yo. En tu lugar, les haría juicio.

–Pero como no estás en mi lugar... –le respondió ella y dio por terminada la charla.

Corrió un poco más, incómoda por la irrupción de Ricardo en su aire limpio de complicaciones. Fijó la mirada en las nubes que sombreaban los edificios de Cabo Corrientes y trató de que sus pensamientos se fueran con ellas. Pero no. El recuerdo de la discusión con Ricardo la sacó del placer de correr.

La había llamado y había argumentado, otra vez, que ella no se dejaba cuidar, que se le había subido el feminismo a la cabeza y que su candidez (sí, otra vez la palabrita) era increíble en pleno siglo XXI. Y finalizó con otra, también increíble para el siglo XXI: “estás histérica”.

Cuando ella le dijo que no le gustaba esa forma de hablarle y que no iba a esperar a su próximo ataque para terminar con esto, él redobló la apuesta diciendo “espero tu llamado cuando se te haya pasado la histeria” y cortó la comunicación.

Miró el horizonte lineal y lejano, el color del cielo reflejado en el mar, y entonces gritó:

–¡Que te vaya bien, Ricardo! ¡Cándida ya no está! –Y más tranquila, inició el trote hacia su casa.

Después de una ducha renovadora, se preparó un té y encendió la computadora. Disfrutaría de ese pequeño ritual en el que se dejaba impregnar por la música relajante y el aroma delicioso del té en hebras, mientras armaba un rompecabezas. Trataba de encontrar un lugar para una pieza demasiado igual a otras, cuando Analía apareció en el chat.

**Analía:** Hola. ¿Cómo estás, amiga?

**Renée:** Bien, tratando de encajar esta pieza.

**Analía:** ¿Más libre?

**Renée:** Ah, hablabas de Ricardo. Diría que más... liviana. Esa es la palabra.

**Analía:** Me alegra. Me quedé mal ayer en el cumpleaños de Susy. El equipo "nomerealizosinotengohijos" se puso insoportable. Hiciste bien en terminar con Ricardo, y la tía de Susy se pasó cuando te preguntó si habías congelado óvulos.

**Renée:** ¿Qué????

**Analía:** ¡Ups! Perdón, pensé que la habías escuchado.

**Renée:** No, pero no te hagas problema que no es la primera vez que alguna iluminada como ella me lo dice. Parece que le estuviera robando algo a la humanidad por no querer tener hijos.

**Analía:** Estás en tu derecho, amiga.

**Renée:** No te preocupes que a esta altura lo tengo más que claro. Veinticinco años parando los dardos hicieron que ya tenga la piel dura.

**Analía:** ¡Jaja! ¡Piel dura! No te creo.



**Renée:** Sobre ese tema, armadura de titanio.

**Analía:** Es un logro. Igual, sería más sencillo si la gente se ocupara de su propia vida.

Renée se servía un poco más de té cuando una ventana emergente le avisó que tenía un mail. Con la mano libre cliqueó sobre la notificación. Se quedó dura, con la tetera en la mano. ¿Mauricio le había mandado un mail?

Dejó la tetera sobre la mesa y se sentó frente a la computadora nuevamente. En el asunto decía: “Me separé”.

El corazón le empezó a golpear en el medio del pecho. Porque eso no era latir. Eso era golpear.

**Analía:** ¿Amiga? ¿Te dormiste?

**Renée:** No. Es que recibí un mail.

**Analía:** ¿De quién?

**Renée:** De Mauricio.

**Analía:** ¿Ese Mauricio?

**Renée:** Sí. Ese.

**Analía:** ¿Qué le pasó?

**Renée:** ¿Por qué debería pasarle algo?

**Analía:** Porque los que desaparecen aparecen cuando les pasa algo.

**Renée:** Se separó.

**Analía:** ¡Ah!

Renée sonrió frente a la pantalla.

Analía era tan expresiva. Su “¡ah!” nunca era un simple “ah”.

Pasó el cursor varias veces sobre el mail. ¿Lo abría ahora? ¿Lo dejaba para el día siguiente?

Lo abrió.

Querida Renée:

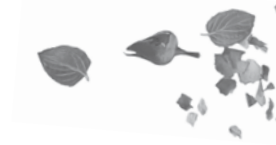
Espero que estés bien, tanto tiempo que no hablamos. Estuve complicado. En realidad, ahora me doy cuenta, en el asunto te conté el final: sí, me separé. Estamos tramitando el divorcio. Y cuando pasan estas cosas, uno se acuerda de la gente que quiere, de los amigos más cercanos, aunque nos separen 10.154 km de distancia.

Mauricio Fuentes era así. Preciso con los datos.

Era abogado. Lo había conocido en el Laboratorio de Idiomas mil años atrás (en términos de la precisión de Mauricio, 19 años y 5 meses), cuando ella estudiaba el profesorado y él hacía un curso de italiano para viajeros. Se hicieron amigos de inmediato. Recordaba que ella fue la primera en dirigirle la palabra.

–¡Cuidado! Se te están cayendo los apuntes –fue lo que le dijo.

Una cascada de apuntes abandonaba la carpeta mal cerrada e iba a



parar, en forma perfectamente escalonada, al piso de la universidad. Se puso rojo, balbuceó algo que pudo haber sido un agradecimiento y casi sin mirarla, recogió los papeles.

La segunda vez fue él quien le avisó que se dejaba el abrigo colgado en la silla. Pero esa vez caminaron juntos hasta la salida, donde insistió en ayudarla a ponerse el abrigo, y en ese trayecto descubrieron que tenían muchas cosas en común. Aunque cuando ella dijo que se llamaba Renée Heller y él le dijo riéndose “todo con e”, estuvo a punto de irse por ese chiste demasiado gastado a lo largo de su vida. Pero en nombre de la tolerancia, decidió quedarse.

Analía la reclamaba desde el chat.

**Analía:** ¿Y? ¡No me dejes acá sin decirme nada!

**Renée:** Perdón, amiga. Me acordaba de cuando nos conocimos. Ya leo y te cuento.

Le escribí a Ricky, Virginia y Leo, y entonces me acordé de cuando nos conocimos.

Me gustaría que siguiéramos en contacto. Cuando termine los trámites planeo ir a Mar del Plata un tiempo. Si no fuera por mi trabajo, me volvería definitivamente.

Espero que me contestes pronto. Te mando un gran abrazo  
Mauricio

**Renée:** Nada especial, Ana. Te reenvió el mail.

**Analía:** No me extraña que se haya separado. Siempre pensé que se casó para tener la nacionalidad.

**Renée:** Puede ser.

**Analía:** Bueno, amiga. Me voy a acostar. Que duermas bien.

**Renée:** Gracias. Te quiero.

**Analía:** Yo también te quiero.

Realmente no había nada de especial en ese mensaje. Separarse de su mujer le activó la nostalgia y ahí estaba, mandándoles mails a sus amigos argentinos.

Se acostó boca arriba, atravesada en la cama, iluminada apenas por la pantalla de la computadora que no había apagado.

Después de aquel día del abrigo, no tardó en invitarla a un café. Algunos encuentros después, Mauricio tomó la taza de ella y apoyó sus labios en el punto exacto donde ella había bebido, imitando a la muchacha de *Seda*. Para Renée fue más la sensualidad de saber que compartían ese universo de lecturas que el gesto en sí lo que le hizo tomar la mano que sostenía la taza y mirarlo a los ojos. Luego él le diría que lo miró con los mismos ojos que la muchacha había mirado a Hervé Joncour. A ella le pareció exagerado, pero a partir de ese momento, su mirada se constituyó en un signo de aceptación al encuentro de su piel y la de Mauricio entre las sábanas de raso que compró para compartir con él.

Fue intenso y fugaz. A fin del 99 a él le salió una beca en Estados Unidos y ella lo animó a aceptar. El año 2000 los encontró escribiéndose primero largas cartas llenas de detalles. De la vida cotidiana, de las películas que veían, las canciones que escuchaban, los libros que





leían. Pero de pronto las cartas de él abundaron en pormenores de los casos que estudiaba y disminuyeron los de la vida cotidiana. Renée advirtió que esquivaba algunos temas. Él adivinó que ella se había dado cuenta y le dijo por qué: se casaba. Era una buena oportunidad de tener la ciudadanía norteamericana y ejercer allí. Como brillante alumno de posgrado, le habían ofrecido un lugar en una importante firma en Nevada.

—¿Y no vas a extrañar el mar? —le preguntó aquella vez, porque no se le ocurrió preguntarle otra cosa.

—No soy sirena. No voy a renunciar a toda una carrera por no estar lejos del mar —le respondió él. No le habló del amor por su futura mujer, sino de su carrera. Y enseguida agregó—: Pronto iré a verte.

Regresó en el 2002, con la alianza en el bolsillo, un hijo en Las Vegas y otro por llegar, pero le dijo que nunca la dejaría, que jamás habría otra para él como ella, que cada encuentro sería como el primero y que, cada vez que regresara, el tiempo no habría pasado para ninguno de los dos.

Ella bajó la cabeza, jugó con el sobrecito de azúcar, y cuando lo miró, no lo miró como la muchacha a Hervé Joncour. Lo miró como ella, Renée Heller, y le contestó que no. Que no se sentía cómoda en el rol de “la otra”.

—No serías la otra. Serías la única.

—Sería la otra, Mauricio. Así es y así será en todos los tiempos.

—Nunca pensé que te fijarías en el qué dirán.

—No es el qué dirán de los demás. Es el qué dirán mío.

—Pero podemos seguir siendo amigos.

—Por supuesto.

—Nunca voy a tener a otra amiga así. Tenemos muchas cosas en común —le dijo mirándola a los ojos.

–Claro que sí. Seamos amigos.

Renée se quedó un rato más luego de beber el último sorbo de té. Se obligó a clavarse en la silla. No quería actuar como una despechada levantándose y yéndose, porque había ido a aquella charla sabiendo que él estaba casado, sabiendo que ese encuentro sería un encuentro de amigos. Pero le dolió verlo. No pensó que le iba a doler tanto.

En realidad, le dolió la propuesta. Si para él ella era tan importante, ¿por qué se fue?

*¿Por qué se casó con otra?*

Terminó de tomar el té frente a la ventana, viendo cómo las luces de los edificios se iban apagando.